

SEÑALES

Venizelos

○ Para los aficionados a logomaquias, este pequeño juego silogístico aparecido en un semanario francés, explica la cuestión griega con la mayor claridad posible: «Venizelos ha dicho: Todos los cretenses son embusteros; es así que Venizelos es cretense, luego Venizelos ha mentido diciendo que los cretenses son embusteros. Luego los cretenses no son embusteros; es así que Venizelos es cretense, luego no ha mentido diciendo que los cretenses son embusteros: por tanto, los cretenses son embusteros; es así que Venizelos es de Creta, luego»... Más enrevesado, y a un mismo tiempo, tan lógico como este encadenamiento, es el problema de la Grecia actual.

Hoy, cuando las políticas nacionales y aun las otras, giran más alrededor de los hombres que de los programas, de los actos que de las teorías, la política griega lleva una porción de años dando vueltas en torno a ese viejo inquieto y juvenil, fuerte a pesar de sus canas, caracterizado—también un signo de hoy, la caracterización—por un gorro, mezcla de cocinero militar, doctor universitario, frigio al revés, cubretesta de anciano que tiene miedo al frío: Eleuterios Venizelos. Son famosos sus tornátiles giros, sus idas y venidas. Pero nadie podría negar que en esta volubilidad hay un fuerte sentido de las circunstancias, un gran conocimiento de la realidad. Venizelos nació en Creta el 1864. Antes de tener un papel preponderante en la política, había dirigido dos revoluciones: la de 1896 y la de 1904. Pero

estas dos se redujeron a los límites salados de su isla natal. En 1908, diputado ya en el congreso de Atenas, su actividad salió de la isla para entrar en la península. De poco le sirvió, porque Creta era entonces dominio turco y el joven diputado apenas tuvo algo que hacer a la sombra del Partenón. (Suponiendo que el Partenón le da sombra a toda la ciudad, según quieren algunos viajeros). Precisamente por llegar de un país sometido a Turquía, Venizelos se erigió en jefe del movimiento panhelénico y su popularidad creció tan rápida e intensamente, que el rey Jorge le llamó para que organizara ministerio. Durante este gobierno, Grecia ganó la guerra balcánica. Sucede a Jorge el buen infeliz de Constantino y el joven rey se indispone con Eleuterios. Este huye de Atenas, organiza un levantamiento en Salónica, consigue que Grecia entre en la Guerra a favor de los aliados, y da el golpe definitivo a la monarquía; porque Constantino sale, rabo entre piernas, de la nación. Venizelos exige, puesto en helenista furibundo, más de lo que le pueden—o le quieren—dar sus compañeros de victoria. Y no contento, inicia una serie de caminos para extender la dominación griega en Anatolia. Sale del gobierno, derrotado en las elecciones, pero sus caminos comenzados tienen que ser seguidos por sus sucesores en el poder. Y así se empieza la invasión de Esmirna, sin contar con Kemal Bajá, que arrolla al ejército heleno y quita del Asia Menor la última huella de esos pintorescos zuecos de los *euzonos*, soldados, como los escoceses, con faldillas breves y pantorrillas al aire, pero llenos de bravura. La derrota de Esmirna es atribuída a Venizelos. Su popularidad sufre un colapso casi mortecino. Se firma la paz, y el propio Eleuterios acepta condiciones que le agobian. Sube al gobierno en 1924. Baja de él en 1928. Sube de nuevo el 1929. Vuelve a bajar el año 32. Y mientras, rodeado de pequeñas venganzas, de traicioncillas, de cambios de camisa, en sus antes más fieles partidarios. Plastiras, Condylis y Pangalos, tres militares, comienzan a llevar el poder y en alternativas más o menos esperadas, disputan sobre frases. Estamos también,

indudablemente, en la época de las frases o de las palabras: proletario, libertad, gobierno fuerte, democracia, humanitarismo, etc. Con estas palabras, como tantos otros, juegan Plastiras, Pangalos y Condylis para ir alternándose en el poder. Venizelos se harta, sobre todo cuando ve que su labor va a ser deshecha hasta los más ocultos cimientos. Y organiza en Creta una revolución—la reciente—que le sale mal, obligándole a una huída, que a lo mejor no es la definitiva a pesar de los años que lleva encima el sagaz caudillo.

En este punto, hay que volver a la logomaquia del principio: porque no se sabe todavía si Venizelos ha hecho esta revolución para ir contra los monárquicos que avanzan cada día más sobre el gobierno, o precisamente para lo contrario: para imponer de golpe la monarquía. El matrimonio del Duque de Kent con la princesa Marina tiene algo más que esa dulce novela de amor que todos los ingleses y muchas extranjeras (en femenino), han devorado unos meses ha. Para deducir el problema griego, hoy por hoy, no queda otro remedio que raciocinar con todo el escolasticismo posible, sobre aquello de: «Venizelos ha dicho que los cretenses son unos embusteros... etc.».

Panait Istrati

□ A los cincuenta y un años ha muerto. Había nacido en Braila, (Rumania), de una campesina y un contrabandista. Hasta los veinte años anda errante, cambiando de oficio, vagabundeando por los Balkanes, Turquía, Egipto, Siria, Italia... Es carpintero, blanqueador, pintor de anuncios, calderero, mozo de cuerda; aprende varios idiomas y, sobre todos, el francés, que llega a dominar a la perfección. Un día le manda sus obras a Romain Rolland, que descubre en él un Gorki balcán y le ofrece su protección decidida, porque ve al genio en rebeldía, al escritor fogoso, fuerte, apasionado y profundo.

Su obra se centra en «Los relatos de Adriano Zograff».